

18:30 horas. Despacho del comisario.

-Hola, sí soy yo señorita. Tenía un recado para mí. Sí, está segura? De acuerdo. ¿A qué hora sale? 8:30 de la mañana. Gracias, sí ¿sabe quién me recoge en el aeropuerto? De acuerdo, está todo anotado señorita, gracias, muchas gracias. Hasta pronto, adiós.

El comisario dejó caer el pesado teléfono de color negro que encalló sin esfuerzo. Eusebio Russo pensó mientras acariciaba la superficie de baquelita –Algunos artefactos han cambiado la percepción de lo cotidiano. Levantas el auricular y otra voz desde el otro lado contesta-.

Eusebio hizo otra llamada. -Buenas tardes. Quisiera hablar con el teniente Insa. ¿Es la jefatura central de policía? Si, con el teniente Román Insa de homicidios. Sí, espero. ¿Cómo, no está? Bueno. Le voy a dejar mi móvil. Que me llame en cuanto pueda al 636 272 370. Gracias, buenas tardes. -.Eusebio juega nervioso con los dedos a tocar notas en un piano imaginario.

8:10 de la mañana del día siguiente. Cafetería del aeropuerto. El comisario mojaba un croissant en el café, apretándolo entre sus dedos. En pocos momento debía coger el avión . Sentado ya e intentando colocarse el cinturón de seguridad aún no sabía para qué le habían llamado, así que optó por relajarse. -“Contar nubes y ovejas eran lo mismo”- rápidamente entraría en trance y flotaría entonces entre algodones.

Casi sin darse cuenta estaba ya recogiendo su equipaje, cuando de pronto sonó el móvil. – Dígame- contestó de mala gana. –de acuerdo, le esperaré en la entrada principal. Donde los taxis-.

El comisario se mueve lentamente. Viste de negro, camisa blanca y corbata de un gris impreciso. Una indumentaria apropiada para pasar desapercibido, lo que constituía a veces una necesidad en su trabajo. Tan sólo su rostro más grisáceo de lo normal y sus ojos entreabiertos que parecían no querer identificarse le delataban. Quizás no como comisario, pero sí como sospechoso de delictiva anormalidad. Sin embargo cuando tenía que firmar algún documento su exquisita pluma de oro auténtico y su ordenada e impecable caligrafía despejaban cualquier duda sobre su respetabilidad. El teniente Román al verlo se dirigió hacia él y estiró su mano blanca y delgada a juego con su nariz pálida y recta como una escuadra. – Comisario- le dijo –siento no haber podido comunicarme antes con usted-. Las disculpas no le convencieron a Russo, pero estrechó la mano del teniente con la presión justa para no parecer disgustado. Achinó los ojos más de lo que acostumbraba intentando trazar una sonrisa. El teniente le invitó a que le siguiera hacia el coche, mientras comentaban el buen tiempo que hacía en la ciudad. El vehículo bastante sucio, un todo-terreno americano, tenía restos de barro en los neumáticos que quedaron registrados en el pequeño ordenador central del comisario con capacidad para varios gigas y un don inexplicable que establecía una selección jerárquica permitiéndole no guardar información innecesaria. Una vez dentro del coche Eusebio revisó el dossier que le entregó el teniente. -Ciertamente parece una broma- comentó. -¿es posible que veamos el lugar donde estaba la cabina telefónica? Me gustaría verlo en directo antes de hacer conjeturas-. -Iremos directamente si lo desea- Le contestó el teniente -y luego le llevaré al hotel, que usted debe estar cansado del viaje-.

El motor del vehículo carraspeaba en la subida hacia el ayuntamiento al coger el último tramo hacia lo alto de la ciudad. Por fin se detuvieron, bajaron del coche y el inspector observó el lugar donde debía estar una cabina de teléfonos, pero uno o varios presuntos delincuentes habían hecho que desapareciera. No había ni rastro de su existencia pasada. Habían dejado el suelo intacto, restaurando las baldosas que deberían estar agujereadas por los anclajes de la cabina. El trabajo era casi perfecto tan sólo la claridad manifiesta del nuevo pavimento delataba su reciente instalación. Según algunos testigos el trabajo se

realizó de noche. Varios operarios perfectamente uniformados de azul realizaron su labor sin que nadie sospechara de nada. El comisario Eusebio quedó de pie, inmóvil, inmerso en sus proyecciones imaginarias; intentando componer una posible razón a semejantes actuaciones delictivas. Camino del hotel el teniente redujo la velocidad al pasar por delante de una escultura de Francisco Leiro situada en el puerto, para ver la línea discontinua de color amarillo alrededor de ella.

-Esta actuación resulta muy significativa-

-Sí, es curiosa por lo poco agresiva, tan sólo una línea- contestó el teniente mientras se dirigía hacia las afueras de la ciudad. El coche derrapó al frenar en la arena a la entrada del hotel. -Hasta mañana- le dijo el teniente- me alegra que esté usted aquí-. -A mí también me alegra estar aquí- contestó Russo. -Consígame una entrevista para mañana con el alcalde y con el encargado de cultura-. Por fin cogió su equipaje y se despidió con una sonrisa de satisfacción. Por lo menos parecía empezar a entender de qué se trataba todo el asunto. El problema sería poder hacerles comprender a sus colegas que los delincuentes que buscaban no eran nada comunes. La implicación política estaba descartada ya que había indicios de cierto planteamiento intelectual sutil y refinado. No es que el inspector pensara mal de todos los políticos, tan sólo sabía que el trabajo dentro de las instituciones gubernamentales era condicionante, digamos que pensaba que reducía la sensibilidad para algunas facetas del ser humano.

El comisario pasó toda la tarde meditando a su manera, tumbado sobre una toalla blanca sobre el suelo de la habitación del hotel, escuchando los tejemanejes de las habitaciones contiguas y el rumor del mar atravesando las arenas desde la playa.

12:30 de la mañana.

La entrevista con el encargado de cultura después de muchas vueltas dio algunos frutos. Había un estudiante de bellas artes que llevado por su joven entusiasmo había solicitado años atrás un permiso para realizar una instalación urbana que consistía en encerrar cuatro gallinas en un corral de madera y maya de alambre en una calle del centro de la ciudad. El ayuntamiento accedió a dar el permiso al artista. Terminada la carrera, pero al poco tiempo, desencantado, se dedica a escribir para algunos periódicos locales y finalmente se le pierde la pista. Pero hay constancia de una peculiar dirección de correo electrónico: aislado@hotmail.com, que en principio delataba su deseo de permanecer en el anonimato.

2:30 de la tarde. Restaurante del hotel.

El teniente escuchaba con atención el perfil del supuesto sospechoso, mordiendo su bolígrafo con incredulidad. -dígame comisario cuál será el siguiente paso-

-crearemos una dirección de correo ficticia con el nombre de una ex novia del artista. Puede que consigamos que se ablande y responda a su llamada-

-Pero eso sería suplantación de identidad-

-En cierta forma sí, pero nuestro amigo a suplantado cuatro farolas de servicio público por cuatros naranjos, entre otros objetos. No será la primera vez ni la última que infringiremos las leyes.

El teniente miró de reojo a su ayudante, levantó la carta del menú y fijó sus ojos almendrados sobre los entrantes. Se hicieron las consultas estrictamente gastronómicas y se dedicaron a comentar las últimas incorporaciones futbolísticas de la temporada, mientras degustaban el Mencía recomendado por el teniente.

Tres días más tarde del envío del mensaje al correo del sujeto "aislado" recibieron una contestación amable, pero fría y distante de parte de nuestro amigo presunto delincuente, No había ninguna referencia a las intervenciones, como se les llama en el lenguaje artístico oficial, a pesar de que en el *e-mail* de la supuesta novia se hablaba de ello con

cierta sorpresa y hacía clara referencia a tiempos pasados del citado artista. Intervenir su correo para averiguar con quienes se comunicaba requería de una orden judicial, para lo que era necesario tener ciertas pruebas que no existían.

Eusebio Russo, el teniente y su ayudante (una de esas personas ligeramente transparentes) se reunieron una vez más, delante de la magnífica obra de Francisco Leiro en el puerto, junto a la estación marítima. Permanecieron alrededor de la línea punteada de color amarillo ministerio, hasta que el comisario se percató de la dificultad creada por una espantosa caseta de turismo, que a tan sólo tres metros, obstruía la visión completa de la pieza sin que las familias de visitantes pudieran tomarse una foto con la distancia necesaria o desde el lado opuesto se viese la escultura y el mar sin que apareciese semejante horror constructivo. -gastarse una fortuna en un Leiro, representante del buen arte gallego y luego permitir semejante sacrilegio-. Eusebio Russo se sentía agredido realmente por la ineptitud y descuido de algunos representantes públicos.

Mientras intentaba explicar los significados sencillos de cada una de las “intervenciones” del supuesto delincuente; el teniente Román Insa atendía una llamada de urgencia inesperada. Al momento colgó el teléfono con cara de consternación. Eusebio y el ayudante del teniente hicieron distintas interpretaciones. -Hay un hombre en comisaría- dijo el teniente, esbozó una sonrisa y continuó -Dice ser el autor de las intervenciones urbanísticas-. Quedaron los tres agentes policiales en silencio por un instante, en el que se pudo oír la bocina del barco de pasajeros partiendo en su trayectoria hacia la otra margen de la Ría. -Y ahora qué hacemos- dijo por fin el ayudante del teniente.

-Ha llegado la hora- dijo el comisario riéndose consigo mismo -de encontrar el límite entre delito y arte, deber y justicia- sentenció.

El sol vibrante y anaranjado se disponía a hundirse en el horizonte, mientras el comisario Russo estiraba la mano una vez más para estrechar la del teniente y la de su ayudante, luego se inclinó ligeramente y ante la incredulidad de sus colegas se marchó hacia la parada de taxis, satisfecho y confiando en que el buen criterio prevalecería en la resolución del caso. Vio de pronto un dibujo de convicciones inéditas que le reconfortaron espiritualmente. Cuando el teniente intentó reaccionar, ya el comisario levantaba el brazo dentro de un coche que se internaba entre otros tantos, los reflejos de luz hirientes y el sopor del atardecer.